

LA NOVELA FILM

N.º 135

30 cts.



UNA MUJER SOSPECHOSA

POR

Priscilla Dean, John Bowers, etc.

LA NOVELA FILM

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción }
Administración }
 Cortes, n.º 651
 BARCELONA

Año III

N.º 135

UNA MUJER SOSPECHOSA

Interesante película
interpretada por los geniales artistas
Priscilla Dean y John Bowers

Dirección de Cecil B. de Mille

Selecciones "PRO-DIS-CO"

Exclusiva JULIO-CÉSAR, S. A.
Aragón, 316 - BARCELONA



MUJER ALERVON AL

ESTADOS UNIDOS DE AMERICA

ESTADOS UNIDOS DE AMERICA

ESTADOS UNIDOS DE AMERICA

Una mujer sospechosa

Argumento de la película

Desde hacia varios meses la policía neoyorquina se hallaba en constante actividad, para poder detener a una banda misteriosa de ladrones, que trabajaban a las órdenes de un famoso Spellman. La especialidad de esta banda eran los robos de piedras preciosas y con preferencia los rubíes. A pesar de que la policía no descansaba un momento para poder apresar la banda de Spellman, hasta ahora no había conseguido otra cosa que detener a unos cuantos individuos de ella, pero que por falta de pruebas habían sido puestos en libertad inmediatamente.

Uno de estos casos sucedía aquel día en la Jefatura de Policía y el agente decía a su jefe, asegurando que su detenido era culpable, aun cuando no existiesen pruebas contra él:

—Ese debe ser de la banda de Spellman que anda ahora tras la colección de rubíes de los Travers.

—Así lo creo yo también — repuso el inspector — pero no existen pruebas contra él y no puedo arrestarle. Desde ahora, no detenga a nadie, si no le sorprende con las manos en la masa. Es necesario obrar con habilidad y muy disimuladamente para que no se nos escapen esos astutos ladrones.

—Indudablemente, señor inspector, su astucia supera a nuestros esfuerzos por capturarlos.

—Esta vez emplearemos nuestros mejores detectives — terminó diciendo el jefe y ordenando a su subordinado que se retirara.

La sumptuosa mansión de los Travers ponía, en uno de los céntricos barrios de la inmensa ciudad de los rascacielos, una nota de austera y rigida fastuosidad.

En ella vivían Arturo y Mortimer Travers, dos hermanos, millonarios excéntricos, solterones empedernidos y ociosos por costumbre.

El primero de ellos era un buen muchacho, en plena juventud, simpático, algo impulsivo y que no tenía más defecto que el de aburrirse mucho y poseer una famosa colección de rubíes, valorada en un millón de dólares.

Mortimer, el hermano mayor, era doctor en ciencias naturales y apasionado coleccionista de

peces raros en los que depositaba todos sus amores de solterón recalcitrante.

Ambos hermanos, diferenciándose de los demás jóvenes de su posición, que ahogaban la alegría de sus años de juventud en las muchas diversiones que ofrece la gran ciudad neoyorquina, para quienes como ellos eran favorecidos por la fortuna, permanecían en casa casi todas las noches, distraído cada uno en contemplar, con verdadera idolatría, sus respectivas colecciones.

Mortimer, espíritu completamente tímido, capaz de ahogarse en el mismo "acuarium" de su casa, sentía un pánico horroroso a los ladrones y su mayor preocupación, después de la de sus peces, era la colección de rubíes de su hermano, a quien constantemente le decía:

—Arturo, creo que deberías guardar esas piedras preciosas en algún banco, como te ha aconsejado la tía Filomena.

—Estoy dispuesto a depositar mis rubíes en el banco, cuando tú saques tus peces del "acuarium" y hagas lo mismo — le contestaba riendo Arturo.

—Mis peces no atraen ladrones; en cambio esas piedras son un peligro en casa. Todo Nueva York sabe lo que valen. Esta noche he soñado que venían a robar y nos cortaban el cuello — y, al decir esto, llevaba sus manos al sitio señalado, como si el frío cortante de la

cuchilla criminal pasase en aquel momento por su garganta.

Ante esta exclamación, Arturo no pudo menos que soltar la carcajada y procuró calmar en lo posible la intranquilidad de su hermano en el que la palidez de su cara reflejaba todo el miedo que había pasado la noche anterior.

La tía Filomena, a quien había aludido Mortimer, era una solterona forzosa de cuarenta primaveras, según ella confesaba, y que en contradicción con su peso "específico" se consideraba una princesa de cuento de hadas, que esperaba todavía al apasionado caballero que la desencantase.

A pesar del viento y la lluvia de aquella noche, que amenazaba convertirse en verdadero huracán, la tía Filomena, antes de ir al teatro, pasó por casa de sus únicos y adorados sobrinos, para hacerles la diaria visita.

Al entrar vió a un nuevo mayordomo y le preguntó:

—Es usted nuevo en la casa, ¿verdad?

—Desde ayer, sí, señora.

—Y... ¿cómo se llama?

—James, para servir a la señora.

—Muy bien, ¿están mis sobrinos en casa?

No necesitó el criado contestar a esta pregunta, puesto que los aludidos habían oido la charla

precipitada de su "adorada tía", a quien pensaban heredar, y salieron solícitos a recibirla.

Llevándola cada uno cogida de un brazo, la hicieron entrar al salón y a la vez que la ayudaba a despojarse de su magnífico abrigo, le dijo Arturo:

—Querida tía, llega usted a tiempo de tomar una tacita de café.

—Acepto — y dirigiéndose al criado le advirtió: Siempre que mis sobrinos me ofrezcan café, traiga usted "whisky".

Hizo éste una profunda reverencia y al poco rato entró llevando sobre una plateada bandeja tres copas del licor pedido.

Sin duda alguna, James calculó bien al traer tres copas, pero lo que él no supuso, era que aquella señora era capaz de beberse la botella entera.

No obstante, ella se encargó de demostrárselo bebiéndoselas una tras otra, mientras hablaba por los codos, diciéndoles a sus sobrinos:

—Esta noche voy al teatro con el primo Samuel.

—¡Pero, tía, por Dios!... ¿Con una noche como la que hace?

—¡Bah! Sois los sobrinos más prosáicos que he conocido; vivís siempre encerrados, sin diversiones, sin aventuras novelescas, sin amores... — y al decir esto, entornaba los ojos en un gesto

ridículo, como la persona que presiente una dicha futura, próxima a llegar.

—Tía, no hay ninguna mujer tan bella como este rubí — contestó Arturo, mostrándole una de sus más lindas piedras de su magnífica colección. Mira qué misteriosamente hermoso es.

—Más bellos y misteriosos son los ojos de una mujer — respondió la tía Filomena, indignada de que sus sobrinos no hubiesen llegado todavía a comprender el enigma encantador de unos bellos ojos femeninos.

Pero estaba segura que hablar con aquellos anacoretas sobre este particular, era predicar en desierto y se despidió de ellos, no sin decirle burlonamente a su sobrino:

—Deseo, querido Mortimer, que tus sardinas de colores pasen una buena noche en el museo.

Claro está que Mortimer tuvo que tragarse la píldora, fingiendo una risita de conejo, sin poderle decir siquiera "¡adiós, doña Crisantemo!... ¡flor de invierno!..." Bueno, ¡esto era ya intolerable!... ¡llamarles a sus queridos peces sardinas y tenerse que reir encima, como si le hubiera hecho gracia el chistecito!...

—¡Lástima de ciclón que no se llevara a todas las mujeres! No hacen más que complicar la vida — exclamó para sí, pensando en él de aquella noche.

Y como si la Vida quisiera hacerle partícipe

de una de aquéllas odiosas complicaciones a que aludía, le envió a María Duquesne, que, vestida con el albo traje de novia, descendía por la escalera como una blanca complicación caída del cielo.

Antes que ninguno de los dos hermanos pudiera reponerse de su sorpresa se abrazó a Mortimer diciéndole:

—¡Sálveme usted!... ¡Sálvame usted!...

Las emociones que debía haber experimentado la joven debían de haber sido demasiado fuertes, puesto que apenas terminó de decir aquellas palabras cayó desmayada en brazos de Mortimer.

**

Arturo, agradablemente sorprendido por la belleza de la joven, corrió por un antiespasmódico, mientras su hermano sostenía a María, para que no cayese al suelo, y le decía:

—¡Oiga, señora, no se muera usted aquí, por favor!

Entre los dos hermanos la acomodaron en un sofá y Arturo, al contemplarla exánime con el velo blanco de desposada, que hacía resaltar aún más los encantos de su carita graciosa y picaresca, no pudo contenerse y exclamó:

—¡Mortimer; qué guapa es!

—Sí, todas parecen guapas cuando van de blanco — contestó éste indiferente.

María creyó oportuno volver en sí de su fingido y bien ensayado desmayo y preguntó, recorriendo con la mirada toda la estancia:

—¿Dónde estoy?... ¡Ah, ya recuerdo!... — y se levantó poseída de un terrible pánico, abra-



—¡Sálveme usted!... ¡Sálveme usted!

zándose a uno y a otro hermano, suplicándoles:

—Por Dios, no me abandonen ustedes en este trance!

—Bueno, pero usted... señora... — empezó a decir Mortimer; pero ella le atajó diciéndole:

—No soy señora, soy señorita; precisamente

estoy aquí porque no he querido ser señora...

—¿De veras no está usted casada? — preguntó Arturo sin poder disimular la alegría que le causaba esta noticia.



—¡Por Dios, no me abandonen ustedes en este trance!

—Perdone usted, señorita, pero ¿de dónde viene? — intervino Mortimer, que estaba deseando poner de patitas en la calle a aquella intrusa.

—Del altar. Querían casarme contra mi voluntad y me he escapado. Querían venderme y

yo a última hora he tenido fuerza de voluntad para rebelarme.

—Lo comprendo todo, señorita. ¿Podríamos nosotros hacer algo por usted? — se ofreció, gallante, Arturo.

—Nada más que permitirme que me oculte aquí hasta que me vea libre del peligro que me amenaza.

—Mi hermano y yo seremos muy dichosos en tenerla aquí, señorita... señorita...

—Llámemela usted María — replicó la joven.

Mientras tanto, Mortimer miraba estupefacto a su hermano, asombrado de la frescura de éste, que se permitía ofrecer la casa a una joven desconocida; y no pudiéndose contener por más tiempo, exclamó:

—Voy a llamar al mayordomo para que la acompañe a usted a un hotel, señorita.

—No, yo no quiero ir a un hotel con su mayordomo — repuso María.

Pero Mortimer estaba ya harto de contemplaciones, y sin hacer caso a la protesta de la joven salió en busca del criado, seguido de su hermano, que trataba de oponerse a que llevara a cabo su decisión.

Este momento que quedó sola, lo aprovechó María para desnudarse, y al hacerlo, cayó al suelo un objeto que de haberlo visto Mortimer habría necesitado todo el antiespasmódico de una

farmacia. Se trataba de un bonito revólver que la joven llevaba oculto debajo del vestido. Pero cuando volvieron los dos hermanos, María ya lo había ocultado y se tapaba con un magnífico chal que había sobre la mesa, calzándose además las zapatillas que Mortimer se había quitado momentos antes.

—Ese es un chal antiguo — exclamó Mortimer al verla vestida de aquella manera—. ¡Quíteselo!

En aquel momento, se oyó la voz chillona de la tía Filomena que hablaba con el mayordomo, y el pobre Mortimer exclamó asustado:

—¡Dios mío; la tía Filomena que vuelve!

Y mientras Arturo escondía a María en el dormitorio de su hermano, éste procuraba ocultar la ropa de la joven. Sólo quedaba por esconder el ramo de novia, cuando entró su tía preguntando:

—¿Dónde está tu hermano? Samuel no puede llevarme al teatro y vengo a que alguno de vosotros me acompañe.

Para el atrabiladado Mortimer, lo urgente era que su tía se marchase, sin que advirtiera la presencia de María; y ante tan crítica situación no dudó en contestarle:

—Yo la acompañaré, tía; baje en seguida y espéreme un minuto en el auto.

La tía Filomena había advertido el ramo de

flores y no se quería marchar sin saber a quién pertenecía aquel objeto, que sin duda debía de ser de la novia de uno de sus sobrinos. En su loca fantasía se forjaba una bella aventura amorosa y su exaltado y ridículo romanticismo necesitaba conocer toda aquella historia de amor, de la que el protagonista había de ser necesariamente uno de los dos hermanos.

**

Mortimer sudaba la gota gorda, tratando inútilmente de convencerla de que no existía ninguna aventura, ni rapto, ni ninguna de las mil locuras que ella se creía, pero su tía no se daba por vencida y cuando salió Arturo le preguntó:

—Vamos a ver, Arturo. ¿Dónde está tu novia?

—Esa mujer no es mi novia, tía.

—Pues entonces será novia de Mortimer.

—Tampoco. No es novia de ninguno de los dos; es una pobre señorita muy desgraciada.

—No te creo ni una palabra. ¡Preséntame a esa mujer!

Y quieras que no, ante el tono imperioso de su tía, no tuvieron más remedio que entrar con ella en la habitación donde se ocultaba María. Pero la sorpresa de los dos hermanos no tuvo límite cuando, después de buscarla por todo el cuarto, vieron que la joven no estaba.

—¡Se ha marchado! — exclamó Arturo entristecido.

—¡Se ha marchado! — repuso loco de contento Mortimer.

Pero si hubieran mirado en el balcón, no ha-



—Es ese un chal antiguo. ¡Quíteselo!

brían tenido que exclamarse de esta forma, puesto que María se hallaba escondida allí, desde que oyó los pasos de los que venían a buscarla.

Volvió Arturo de despedir a su tía y a su hermano y se puso de nuevo a contemplar su colección de rubíes. En cada uno de ellos veía

reflejarse el simpático rostro de su bella desconocida, cuya misteriosa desaparición tanto le había entristecido, cuando se presentó ésta entregándole un hermoso collar de perlas, diciéndole:

—¿Quiere usted guardarme este collar en su caja de hierro? Y viendo los rubíes que Arturo poseía exclamó: ¡Qué magnífica colección! ¡Qué brillo más hermoso tienen!

—Quizás los ojos de una mujer podrían brillar como este rubí si estuviese enamorada — contestó galantemente Arturo.

Para María no había pasado inadvertido el buen efecto que le había causado a su simpático amigo y le preguntó, haciendo un mohín deliciosamente picareco:

—Tendría usted miedo de mirarlos?

—No, señorita, a mí me gusta admirar todo lo hermoso — repuso Arturo contemplando los hermosos ojos de la joven.

La conversación que hubiera terminado sabe Dios cómo, quedó interrumpida con la entrada de un policía que exclamó:

—Vengo buscando a una mujer. Se ha cometido un robo en la casa de al lado y se ha visto a una joven saltando la terraza de esta casa. ¿Ha visto usted algo?

—Aquí no ha entrado ninguna joven en todo el día — contestó con firmeza Arturo; y cuando hubo desaparecido el policía le dijo a María:

—Es la primera mentira que he dicho, desde que tengo uso de razón.



—¿Quiere usted guardarme este collar?

—¡Y por una mujer! ¡Qué vergüenza, señor solterón! — repuso bromeando la joven.

Había transcurrido un buen rato desde que ambos jóvenes se habían retirado a sus respectivas habitaciones, cuando María, saliendo sigilo-

samente de la suya, se dirigió al balcón del salón y con una linterna comenzó a hacer señales



—Tendría usted miedo de mirarlo?

misteriosas, que eran contestadas de igual forma desde la calle.

Desde el otro extremo de la sala, el mayordo-

mo la observaba detenidamente y le preguntó, cuando aquélla abandonó su puesto de señales:

—Perdone usted, señorita. ¿Se puede saber qué hace usted aquí?

—A usted no le importa. ¿Quién le autoriza para preguntarme? — contestó María—. Voy a retirarme a descansar en la habitación del señor Mortimer y procure no molestarme, si quiere conservar su puesto en esta casa.

Ante tal respuesta no se atrevió a contestar el criado y se inclinó reverencioso, aceptando la réplica de la joven.

**

Eran ya cerca de las dos de la madrugada cuando Mortimer volvió del teatro y encontró a James recostado en una butaca, esperando la llegada de su señor. Le entregó el abrigo y el sombrero y entró decidido a su habitación, pero cual no sería su sorpresa, al ver acostada sobre su cama a María.

Asombrado ante esta nueva prueba de frescura de la joven, le preguntó:

—¿Dónde está mi hermano? ¿Cómo se encuentra usted aquí?

—Su hermano se ha ido a dormir sin novedad y yo me encuentro perfectamente — contestó burlonamente la joven.

No le quedaba otro recurso que dormir en un sillón del salón, y para no exponerse a las burlas del criado le ordenó Mortimer, cuando salió del cuarto de María:

—Váyase a dormir y no venga usted hasta que no oiga el timbre. E inmediatamente llamó por teléfono a su tía y le dijo:

—Tía, la mujer desconocida está otra vez aquí. Haga el favor de enviarnos alguna ropa de mujer porque se está poniendo toda la mía.

—¡Oh! ¡Eso sí que es romántico! — exclamó su tía que vislumbraba aproximarse todo un poema de amor.

A la mañana siguiente el pobre Mortimer, debido a la mala noche, estaba hecho un vedadero guíñapo. Le dolían las piernas, los riñones, el cuello, la cabeza, todo el cuerpo en general, como si le hubieran dado una tremenda paliza, ¡y todo por aquella mujer, a quien ni siquiera conocía! Pero lo que más le fastidiaba era la predilección que su hermano parecía demostrarle.

Se levantó del sillón donde materialmente estaba hecho un ovillo y en el que había pasado toda la noche y llamó a James, a quien le preguntó:

—¿James, no sabe usted que una joven ha dormido en mi cama esta noche?

—Sí, señor.

—¿Y cómo lo ha consentido usted? ¿Por qué la ha permitido entrar en mi cuarto?

—Pero, ¿era sin consentimiento del señor? Ella me ha hablado como si fuese de la familia. He de advertirle al señor que por la noche la he visto hacer señales a alguien por el balcón.

En aquel momento entró María, acompañada de Arturo, y exclamó, indignada, al oír las últimas frases del criado:

—¡Ese hombre miente!

Fué a contestar James, pero Arturo le obligó a callar diciéndole:

—Usted ha entrado aquí como mayordomo, no como detective.

Indudablemente María, con su graciosa charla, que era un encanto más de los muchos que poseía como mujer, se había apoderado en pocas horas del corazón de Arturo, que se sentía atraído hacia la bella desconocida por no saber qué extraño sentimiento, que le obligaba a desear la compañía de la joven.

Sin darle importancia al incidente del criado, María se cogió del brazo de Arturo a la vez que le decía como si fuese el ama de la casa:

—Desayunamos?

Cogidos del brazo y como si fueran dos ver-

daderos enamorados, entraron en el comedor y entonces la joven se fijó en la cara de Mortimer que revelaba todo el cansancio de una noche sin dormir y le dijo, riéndose, para que no pasase desapercibida su indirecta:

—El pobre Mortimer necesitaría su café; creo que no ha dormido usted bien esta noche.

El pobre Mortimer, lo que estaba ya, era hasta los pelos de ella y de las miraditas que furtivamente le dirigía a su hermano; así es que sin poder aguantar más tiempo, contestó:

—Bueno, pero, señorita... o señora... ¿cuándo quiere usted que la acompañe a su casa?

—Pronto... muy pronto, dentro de una semana — contestó María, haciéndose la desentendida, como si no hubiera notado el sentido en que le hacía la pregunta.

Hasta ellos llegó entonces la música de un extraño organillero, que tocaba al pie del balcón. Aquella música atrajo inmediatamente la atención de María, que le pidió unos céntimos a Arturo y salió para echárselos al músico callejero. Aprovechó la joven este momento para escribir una orden en un papel, sin que nadie la viera, y envolviendo en él la moneda se la entregó al organillero.

Mientras María realizaba esta operación, Arturo le decía a su hermano:

—Es una mujer encantadora, ¿verdad?

—Tú no sabes nada respecto a ella. Yo creo que es una mujer sospechosa — repuso Mortimer.



—El pobre Mortimer necesitaría su café.

—A ti te parecen sospechosas todas las mujeres — contestó incomodado Arturo.

Cuando entró la tía Filomena los encontró en plena discusión y le dijo entusiasmada a Mortimer:

—No te parece esto muy romántico?

Se la quedó él mirando y pensando cuántas cosas podría decirle a aquel adefesio que la Naturaleza le había otorgado por tía, pero se contentó con decirle:

—¡Sobre todo, delicioso!

—¿No estáis más contentos ahora, sobrinitos? — continuó diciendo ella.

¡Señores, la de barbaridades que yo le diría en este momento!, pensó para sí Mortimer, mirando de nuevo a su tía; y se alejó para no desahogar toda la bilis que desde la noche anterior estaba tragando.

**

Cuando más interesante era la conversación entre María, Arturo y su sobrina, entró el mayordomo anunciando:

—Hay un hombré, abajo, buscando a su novia.

—Que pase — ordenó Arturo, visiblemente enojado.

Y cuando el visitante hubo entrado, le preguntó:

—¿Qué desea usted?

—Estoy buscando a una mujer que iba ves-

tida de novia y dicen que se ha escondido en esta casa.

—¡Qué lástima! ¡De modo que no hay novela? — exclamó la tía Filomena, sospechando que se llevaría a la heroína.

—Señora — contestó el nuevo personaje —. Se escapó cuando íbamos a constituir nuestro hogar, que se poblaría de angelitos. ¿Tiene usted niños?

—No, no los tengo. ¡Soy soltera! — suspiró la romántica señora.

A todo esto el desconocido caballero se había acercado a María, y después de cambiar ambos una mira de mutua inteligencia se volvió hacia Arturo y le dijo:

—No, no es esta la señorita que busco.

Arturo respiró por fin. Los segundos que había durado aquella escena le habían parecido siglos, temiendo a cada instante que aquel hombre fuera el despreciado marido y que se llevara a su adorada protegida.

Por la tarde, después de haber jugado una partida de caramolas, Arturo le preguntó a la joven:

—¿Quiere usted decirme ahora algo sobre su persona?

—¿Es que desconfía usted de mí? — preguntó ella mimosa.

—No; jamás desconfiaré de unos ojos que me miran de un modo tan límpido como los tuyos.

In sensiblemente los dos jóvenes se iban acer-



—¿Quiere usted decirme ahora algo sobre su persona?

cando, diciéndose con la vista el amor que uno a otro se habían inspirado, hasta que entró James, seguido de Mortimer y de un policía, que exclamó dirigiéndose a María:

—¿De modo que está usted aquí, buena pieza?

Arturo, sin poderse contener, le preguntó:

—¿Y a usted, quién le ha llamado?

—Señor, he sido yo — repuso humildemente James — He llamado a la policía en interés de ustedes.

—Ha hecho usted bien en descubrirnos el paradero de esta ladrona — vilvió a decir el agente.

—Llegó aquí, anoche, vestida de novia, y por ciertos detalles creí oportuno salvar a los señores — continuó diciendo James.

—Conque disfrazada de novia, ¿eh? — dijo burlonamente el policía. — ¿Dónde están "sus ropas de trabajo"?

Y cuando las tuvo en su poder, señaló la etiqueta del vestido, diciendo:

—Esta es la casa donde suele alquilar los disfraces.

Todo parecía conjurarse en contra de María, pero a pesar de ello Arturo no la creía, no la podía creer culpable; y cuando el agente fué a cogerla, un movimiento involuntario le hizo colocarse entre ella y el policía.

—Le ruego que no intervenga; déjeme marchar — le suplicó la joven.

Mientras ésta desaparecía, Mortimer procuró consolar a su hermano, diciéndole:

—¿Te convences de lo peligrosas que son las mujeres guapas?

Recortado en su libro de los intercambios

—Te equivocas, Mortimer. No creeré nunca que sea lo que ese policía supone.

Hasta ahora, el lector creerá que María era, por las pruebas que contra ella había, una de las personas que componían la famosa banda de Spellman. Nada más lejos de la realidad. María era, en efecto, una mujer peligrosa, pero únicamente para aquellas personas que pretendían vivir fuera de la ley. Su inteligencia y talento, como detective, los había demostrado ya en diferentes ocasiones, y a ella se le confiaban las misiones más difíciles, en la seguridad de que ella únicamente sería capaz de salir victoriosa de ellas.

Actualmente se le había ordenado descubrir la banda de Spellman, y advertida de que pensaban apoderarse de los rubíes de los Travers, no dudó en instalarse en la misma casa, para vigilar de cerca a cuantas personas hubiera en ella.

Desde el primer momento, sospechó de James, pero procuró ocultar su verdadera personalidad a los amos de la casa, hasta conseguir cogerlo **infraganti**.

Desde la acera de enfrente dos individuos, uno de ellos el organillero, la vieron salir, acompañada del policía, y ocupar un automóvil que había en la puerta.

Sin detenerse un instante, montaron en otro y le ordenaron al chofer:

—¡Corre detrás de ese coche, y échatele encima en cuanto puedas!

Cumplió el conductor lo que le decían, y media hora después los dos coches chocaban y María aprovechó la ocasión para huir, sin que nadie se diera cuenta.

**

Aquella noche no todos dormían en la casa de los Travers. James, seguro de que nadie interrumpiría su "trabajo", abrió la caja donde Arturo guardaba sus rubíes, y ya iba a desaparecer con ellos cuando vió a María que le tenía encañonado con su revólver.

Comprendió el astuto ladrón que era inútil resistirse, y trató de tentar la codicia de la joven, diciéndole:

—¿Para qué pelearnos, niña? Hay aquí bastante negocio para los dos.

—No, gracias; yo lo quiero todo — repuso la joven.

En aquel momento aparecieron Arturo y Mortimer, y James, haciendo un alarde de su sangre fría, exclamó:

—Señor, la he encontrado abriendo la caja

de hierro — y señaló los rubíes que acababa de quitarle María.

Aprovechó James el que los dos hermanos se acercaran a ella para recoger las piedras, para pretender huir, pero María, que no le perdía de vista, salió tras él y entre los dos se entabló una lucha a brazo partido, en la que no cabía duda que tenía que perder ella, si no hubiera sido por la intervención de Arturo.

En aquel instante se presentaron los individuos que aquella tarde habían libertado a María, los cuales habían detenido al fingido policía que la había arrestado, y acercándose a la joven la felicitó el jefe, diciéndole:

—Buen servicio, señorita. ¿Podremos verla a usted en la jefatura, por la mañana?

Pero antes que ella pudiera contestar, se adelantó Arturo diciendo:

—Señor inspector, si a usted le parece, esta señorita le entregará el "rapport" de su servicio cuando salgamos de la iglesia. Queda usted invitado a nuestra boda.

María no supo qué decir; su corazón latía con más fuerza que nunca y aceptó, sin poder disimular su alegría, lo que Arturo había dispuesto.

Una vez solos los dos jóvenes, ninguno de ellos se atrevía a romper el silencio, y únicamente

sus miradas decían, con harta elocuencia, lo que sus labios no se atrevían a pronunciar.

Por fin María, llevándose las manos al cuello, exclamó:

—Ese maldito ladrón me ha hecho daño.

—¿Dónde?

—Aquí — señaló la joven, llevándose el dedo al lugar dolorido, donde su novio puso un beso apasionado, y luego, señalándole los labios le volvió a preguntar:

—¿Y aquí?

Ella no pudo o no quiso responder, sino que, acercándose al hombre amado, le ofreció la dulzura de su boquita de coral, y ambos, fuertemente enlazados, cantaron el primer himno al amor, que triunfaba en sus almas enamoradas.

— FIN —

Con esta novela se regala la postal de
JOHN BOWERS

Próximo número:

La sugestiva novela

CHARLESTON en 6 lecciones

por el profesor ARTHUR MURRAY
que lo ha sido de S. A. R. el Príncipe de
Gales

32 páginas 30 céntimos

Postal regalo: SANDRA MILOWANOFF

C O M P R E

GORRIONES

que ha salido hoy.
por Mary Pickford. ¡Éxito sin rival!

*Los Grandes Fil ns de La Novela Se-
manal Cinematográfica.*

AL ÉXITO DE

La Viuda Alegre y El Gran Desfile

seguirá en breve

Miguel Strogoff o el Correo del Zar

en *La Novela Semanal Cinematográfica.*

EDICIONES ESPECIALES

¡ ACONTECIMIENTO!

Acaba de ponerse a la venta el
NUMERO ALMANAQUE 1927

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

¡Si lo ve, lo comprará! ¡128 páginas de texto
y 32 páginas de fotografías de artistas
a colores! ¡Total, 160 páginas!

Fíjese en las novelitas:

EL PIRATA NEGRO, por Douglas Fairbanks

EL AGUILA NEGRA, por Rodolfo Valentino

CON GRACIAS A PORFÍA, por George O'Brien

LOS MISERABLES, de Víctor Hugo

Y LA NIÑA DE FLORIDA, por Bebé Daniels

CUENTOS - ARTÍCULOS - INFORMACIONES
DERROCHE DE CLISÉS - LUJOSA PORTADA

Regalo de un álbum para postales del año 1926

Un formidable éxito
está obteniendo el
NÚMERO ALMANAQUE

DE

La Novela Semanal Cinematográfica
con el que se regala un lujoso

ALBUM

para colecionar las
postales del año 1926

Numerosos argumentos : Información cinematográfica
32 páginas de retratos de Ases de la pantalla

¡ SI LO VÉ, LO COMPRARÁ !

J. Horta, impresor. - Barcelona